

Paolo Giordano

CONQUISTAR EL CIELO

Traducción del italiano de
Nicolás Pastor Durán



narrativa
salamandra

Título original: *Divorare il cielo*
Ilustración de la cubierta: © Tamara Dean/Agence VU'
Copyright © Paolo Giordano, 2018
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019
Ediciones Salamandra
www.salamandra.info

*A Rosario y Mimino,
a Angelo y Margherita.
A sus estorninos*

Cualquier parecido con sucesos o personas reales es mera coincidencia. La ubicación espacial y temporal de algunos hechos se ha modificado por exigencias narrativas.

PRIMERA PARTE

Los grandes egoístas

1

Los vi bañándose en la piscina, de noche. Eran tres, muy jóvenes, casi unos niños, igual que yo por aquel entonces.

En Speziale siempre había algún ruido nuevo que interrumpía mi sueño: el murmullo del sistema de riego, los gatos salvajes que se peleaban en el prado, un pájaro que repetía hasta el infinito el mismo gorjeo. Durante los primeros veranos que pasé allí, en casa de mi abuela, tenía la sensación de no dormir jamás. Desde la cama veía los objetos de la habitación acercarse y alejarse como si toda la casa estuviera respirando.

Aquella noche oí ruidos en el patio, pero tardé un tiempo en levantarme de la cama: a veces el guardés se acercaba a la puerta principal para dejar encajada una nota. Pero después hubo cuchicheos y risas contenidas, así que decidí asomarme.

La lámpara para mosquitos emitía una luz azulada desde el suelo. Me cuidé de no pisarla. Caminé hasta la ventana y miré hacia abajo. No llegué a ver a los chicos desnudándose, pero pude vislumbrar cuando el último se deslizaba en el agua negra.

La luz del porche me permitía atisbar sus cabezas: había dos más oscuras y una que parecía de plata. Por lo demás, vistosos desde allí eran casi idénticos; movían los brazos en círculo para mantenerse a flote.

La tramontana se había calmado y en el ambiente reinaba una especie de quietud. Uno se puso a hacer el muerto en el centro de la piscina. Me ardió la garganta al contemplar su

desnudez, aunque sólo fuera una sombra; caprichos de mi imaginación, más que nada. Arqueó la espalda y se zambulló con una cabriola. Al emerger soltó un alarido y su amigo de cabeza plateada lo golpeó en la cara para que se callara.

—¡Me has hecho daño, imbécil! —dijo el de la cabriola sin bajar la voz.

El otro lo hundió en el agua y el tercero no tardó en abalanzarse sobre él. Yo temía que se pegaran, que alguno pudiera ahogarse, pero se separaron riendo. Se sentaron en el borde de la piscina, junto a la parte menos honda, mostrándome sus espaldas mojadas. El de en medio, que era el más alto, estiró los brazos y rodeó los hombros de sus compañeros. Hablaban muy bajo, pero pude distinguir algunas palabras sueltas.

Por un momento pensé en bajar y zambullirme con ellos en la humedad de la noche: la soledad de Speziale me hacía anhelar cualquier contacto humano. Pero a mis catorce años carecía del valor necesario para esa clase de cosas. Sospechaba que eran los chicos de la finca aledaña, aunque sólo los había visto de lejos. Mi abuela los llamaba «los de la hacienda».

De repente se oyó el chirrido de los muelles de una cama y enseguida una tos y las chanclas de mi padre repiqueteando sobre el pavimento: se había lanzado escaleras abajo antes de que yo pudiera avisar a los chicos para que escaparan. Bajó llamando al guardés. La luz de la caseta se encendió y Cosimo salió justo cuando mi padre aparecía en el patio, ambos en calzoncillos.

Los muchachos habían saltado fuera de la piscina y recogían la ropa esparcida. Corrieron hacia la oscuridad dejando algunas prendas por el suelo. Cosimo se lanzó a perseguirlos gritando: «¡Cabrones, os voy a romper la crisma!» Mi padre lo siguió tras un instante de indecisión. Pude ver cómo cogía una piedra.

Se oyó un grito entre las sombras; luego, el choque de los cuerpos contra la valla y una voz que decía: «¡No, baja de ahí!» El corazón me latía como si fuese yo quien se daba a la fuga, yo la perseguida.

Pasó un rato antes de que volvieran. Mi padre se sujetaba la muñeca izquierda, tenía una mancha en la mano. Cosimo la

examinó de cerca y después lo condujo a la caseta. Antes de entrar él también, echó un último vistazo a las tinieblas que habían engullido a los invasores.

Al día siguiente, mi padre se presentó a la comida con la mano vendada. Contó que había tropezado cuando intentaba arreglar un nido de urracas. En Speziale se transformaba en otra persona: a los pocos días su piel se volvía oscurísima y el dialecto le cambiaba incluso la voz. Parecía un desconocido. A veces me preguntaba quién era realmente: el ingeniero que en Turín siempre vestía de traje y corbata o aquel hombre de barba descuidada que andaba semidesnudo por la casa. En cualquier caso, estaba claro que mi madre había decidido casarse con uno de los dos y no quería saber nada del otro; hacía años que no ponía un pie en Apulia. Cuando llegaba agosto y nos disponíamos a afrontar el eterno viaje en coche hacia el sur, ni siquiera salía de su habitación para despedirse.

Comimos en silencio hasta que oímos la voz de Cosimo, que nos llamaba desde el patio.

En el umbral, frente al guardés que los custodiaba como un cancerbero, estaban los tres chicos de la noche anterior. Aunque al principio sólo reconocí al más alto, por la delgadez del cuello y la forma ovalada de la cabeza, los otros dos atrajeron mi atención de inmediato. Uno, de piel muy pálida, tenía las cejas y el pelo blancos como el algodón; el otro era moreno, de piel tostada, y llevaba los brazos llenos de arañazos.

—¡Ajá! —exclamó mi padre—. ¿Habéis venido a recuperar vuestra ropa?

El más alto respondió en tono apagado:

—Hemos venido a pedirle perdón por haber entrado ayer en su propiedad y haber usado la piscina. Nuestros padres querían darle esto.

Levantó una bolsa que mi padre agarró con la mano que no tenía vendada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Iba ablandándose a pesar de sí mismo.

—Nicola.

—¿Y ellos?

—Éste es Tommaso —dijo, señalando al más pálido—. Y éste, Bern.

Llevaban unas camisetas tan apretadas que parecía como si alguien se las hubiera embutido a la fuerza. Intercambié una larga mirada con Bern. Tenía los ojos negrísimos y bastante juntos.

Mi padre sacudió la bolsa y dentro tintinearón unos tarros. Creo que habría preferido estar en cualquier otro sitio antes que allí, recibiendo aquellas disculpas.

—No hacía falta que os colarais a escondidas —dijo—. Si queríais usar la piscina no teníais más que pedirlo.

Nicola y Tommaso bajaron la vista, pero Bern continuó mirándome. A sus espaldas, la blancura del patio deslumbraba.

—Si le hubiera pasado algo a uno de vosotros... —Mi padre vaciló; cada vez se veía más incómodo—. Cosimo, ¿les hemos ofrecido a estos muchachos un poco de limonada?

El guardés hizo una mueca como preguntándole si se había vuelto loco.

—Así estamos bien, gracias —dijo Nicola, educadamente.

—Si a vuestros padres les parece bien, podéis venir a bañaros esta tarde.

Mi padre me miró, tal vez pidiendo mi aprobación. Entonces, Bern tomó la palabra.

—Anoche le dio una pedrada en la espalda a Tommaso. Sin duda cometimos una infracción al entrar en su propiedad, pero usted cometió una más grave al lastimar a un menor. Si quisiéramos, podríamos denunciarlo.

Nicola le dio un codazo en el pecho, pero estaba claro que no tenía ninguna autoridad; sólo era el más alto.

—Yo no hice tal cosa —respondió mi padre—, no sé de qué estás hablando.

Recordé cómo se agachó para coger la piedra y los rumores sordos en la oscuridad. Aquel grito que no había logrado descifrar.

—Tommi, enséñale el cardenal al señor Gasparro, por favor.

Tommaso dio un paso atrás, pero no protestó cuando Bern cogió el borde de su camiseta y remangó cuidadosamente la tela dejándole la espalda descubierta. Era incluso más blanca que sus brazos, y su palidez resaltaba la mancha azulada, tan grande como el culo de un vaso.

—¿Lo ve?

Bern apoyó el índice en el cardenal y Tommaso se apartó.

Mi padre parecía hipnotizado. Cosimo intervino en su lugar: ordenó algo en dialecto y ellos se despidieron con una circunspecta inclinación de cabeza.

Bajo los rayos del sol, Bern dio media vuelta para observar la casa con severidad.

—Espero que su mano se cure pronto —dijo.

Aquella tarde se desató una tempestad. En pocos minutos, el cielo se tiñó de violeta y negro, colores que yo nunca había visto.

Las tormentas duraron casi una semana; las nubes llegaban súbitamente desde el mar. Un rayo quebró una rama del eucalipto y otro quemó la bomba del pozo. Mi padre estaba furioso y la tomó con Cosimo.

La abuela leía en el sofá sus novelas policiacas de bolsillo. Le pedí que me recomendara una para entretenerme y me respondió que pillara cualquiera de la librería: todas valían la pena. Escogí *El safari de la muerte*, pero la historia me resultó aburrida.

Después de pasar un rato mirando al vacío, le pregunté qué sabía de los chicos de la hacienda.

—Van y vienen —dijo—, nunca se quedan mucho tiempo.

—¿Y a qué se dedican?

—Supongo que se dedican a esperar a que sus padres, u otra persona, los recojan. —Dejó el libro como si ya le hubiera arruinado la lectura—. Y mientras tanto rezan; practican una especie de... herejía.

En cuanto cesó el mal tiempo hubo una invasión de ranas. Durante la noche se metían en la piscina, y por más cloro que le echáramos al agua no había manera de tenerlas a raya. Las encontrábamos atrapadas en los filtros o trituradas por las rue-

das del limpiafondos. Las que sobrevivían nadaban plácidamente, algunas en pareja, una sobre el dorso de la otra.

Una mañana bajé al patio para desayunar, aún vestida con el pantaloncito y la camiseta de dormir, y vi a Bern. Pescaba ranas con una red. Cuando atrapaba una, la arrojaba planeando a un cubo.

Por un momento dudé entre dejarme ver o volver arriba para vestirme, pero al cabo me acerqué y le pregunté si mi padre le pagaba por hacer ese trabajo.

—A Cesare no le gusta que manejemos dinero —dijo volviéndose apenas y, después de una pausa, añadió—: «Entonces, uno de los doce fue a los principales sacerdotes y dijo: “¿Qué estáis dispuestos a darme para que yo os lo entregue?” Y ellos le pesaron treinta piezas de plata.»

Me pareció una respuesta absurda, pero tampoco me apetecía que la explicara. Miré dentro del cubo: las ranas amontonadas brincaban para escapar, pero las paredes de plástico eran demasiado altas.

—¿Qué vas a hacer con ellas?

—Las soltaré.

—Si las sueltas volverán esta misma noche. Cosimo las mata con sosa cáustica.

Bern me fulminó con la mirada.

—No te preocupes, las llevaré lejos.

Me encogí de hombros.

—De todas formas, no entiendo por qué haces algo tan asqueroso si ni siquiera te pagan.

—Debe ser mi castigo por haber usado vuestra piscina sin permiso.

—Pensaba que ya os habíais disculpado.

—Cesare cree que os debemos una reparación, pero hasta ahora no habíamos podido hacer nada por culpa de la lluvia.

Las ranas huían a toda velocidad por el agua y él las perseguía pacientemente con la red.

—¿Quién es Cesare?

—El padre de Nicola.

—¿No es tu padre también?

Negó con la cabeza.

—Es mi tío.

—¿Y Tommaso tampoco es tu hermano?

Volvió a negar con un gesto. Cuando aparecieron en la puerta de casa, Nicola había dicho «nuestros padres», pero algo me hizo pensar que Bern no me daría una explicación sencilla y no quise darle el gusto de confundirme aún más.

—¿Qué tal va su cardenal?

—Le duele cuando levanta el brazo. Por la noche, Floriana le pone compresas con vinagre de manzana.

—De todas formas, creo que te equivocas con lo de la piedra: mi padre no la tiró. Debíó de ser Cosimo.

Me dio la impresión de que no estaba escuchándome, parecía absorto en la pesca de las ranas. Llevaba unos pantalones que en otro tiempo debían de haber sido azules e iba descalzo. El caso es que, de pronto, me espetó a quemarropa:

—Eres una sinvergüenza.

—¡¿Que soy qué?!

—Culpas al señor Cosimo para excusar a tu padre. No creo que le paguéis lo suficiente como para que tenga que soportar eso.

Cayó otra rana en el cubo. Habría unas veinte, se hinchaban y deshinchaban allí dentro.

Como quería desviar la atención de mi mentira, le pregunté:

—¿Por qué no han venido también tus amigos?

—Lo de la piscina fue idea mía.

Me pasé una mano por el pelo: estaba ardiendo. Podría haberme agachado para coger un poco de agua y mojarme la cabeza, pero seguía habiendo ranas en la piscina.

Bern cazó una con la red y me la puso delante.

—¿Quieres tocarla?

—¡Ni en broma!

—Ya lo suponía —dijo, esbozando una sonrisa burlona; luego añadió con aire apático—: Hoy Tommaso ha ido a ver a su padre a la cárcel.

Aguardó a que sus palabras surtieran efecto; yo no abrí la boca.

—Mató a su mujer con un zueco. Luego quiso ahorcarse en un árbol, pero la policía lo detuvo a tiempo.

Las ranas se agitaban, viscosas, en el cubo. Sentí asco.

—Te lo has inventado, ¿verdad?

Bern dejó la red suspendida en el aire.

—Claro que no.

Al fin consiguió cazar la última rana, que no se lo puso nada fácil. Dobló las rodillas para no alzar mucho la red.

—¿Y tus padres? —pregunté.

La rana huyó de un salto hacia la parte más honda de la piscina.

—¡Maldita sea! ¡Mira lo que has hecho! ¡Eres una embrolladora!

Perdí la paciencia.

—¿Qué significa eso de «embrolladora»? ¡Te inventas las palabras! Ni que hubiera sido yo quien le hizo daño a tu hermano..., tu amigo ¡o lo que sea!

Estaba a punto de irme cuando Bern se volvió y, por primera vez, me miró con atención. Su rostro reflejaba un sincero disgusto y, al mismo tiempo, una cierta ingenuidad. De nuevo aquel leve y desconcertante estrabismo.

—Te ruego que me perdones —dijo.

—Me ruegas que...

Estaba nerviosa, como la semana anterior, cuando me clavaba los ojos delante de mi padre. Me asomé a la piscina para ver dónde se había metido la rana.

—¿Qué son esos hilos negros?

—Son huevos: las ranas venían aquí a ponerlos.

—¡Qué horror!

Él malinterpretó mis palabras.

—Sí, es horrible; estáis acabando no sólo con las ranas, sino también con los huevos. Dentro de cada uno hay un ser vivo.

Más tarde me eché para tomar el sol, pero ya eran las dos, la peor hora, y no aguanté mucho. Crucé el patio y dejé atrás las piedras que lo separaban del campo abierto. Llegué al punto

de la valla por donde habían saltado los chicos; la tela metálica estaba doblada por arriba y deformada por el centro. Más allá había árboles, un poco más altos que los nuestros. Me agaché para ver la hacienda, pero estaba demasiado lejos.

Antes de marcharse, Bern me había invitado al entierro de las ranas que había pescado muertas; pese a haber estado horas bajo el sol, no sudó ni una gota.

Le pedí a Cosimo que inflara las ruedas de la vieja bicicleta de la abuela. La colocó en el jardín engrasada y reluciente.

—¿Adónde vas?

—A dar un paseo por ahí, por el camino.

Esperé a que mi padre se fuera a ver a sus amigos y salí.

La entrada de la hacienda se hallaba en el lado opuesto al de nuestra finca; para llegar había que dar toda la vuelta, a no ser que uno atajara por el terreno como habían hecho los chicos. Por el tramo de carretera asfaltado, los camiones me adelantaban a toda marcha. Llevaba el *walkman* en la cesta de la bicicleta y tenía que inclinarme porque el cable de los auriculares era corto.

La entrada de la hacienda no tenía una auténtica cancela, sólo una barra de metal que encontré abierta. El sendero estaba lleno de hierbajos y sus bordes, muy poco marcados, como si los mismos coches lo hubieran ido trazando con su paso. Bajé de la bici y seguí a pie. Tardé unos cinco minutos en llegar a la casa.

No era la primera vez que visitaba una hacienda, pero ésta era distinta. Sólo la parte central era de piedra, mientras que el resto parecía un simple añadido. El cemento del patio, que en nuestra casa era liso, estaba surcado de grietas.

Apoyé la bicicleta contra la pared y carraspeé para anunciar mi llegada, pero no vino nadie. Di unos pasos para ponerme bajo la pérgola y protegerme del sol. Tras la mosquitera, la puerta de la casa estaba abierta de par en par, pero no me atreví a entrar. Me apoyé en la mesa, donde un mantel de hule con un mapamundi despertó mi curiosidad. Busqué Turín, no salía.

Me puse los auriculares y caminé en torno a la casa oteando por las ventanas, pero el contraste entre la oscuridad del

interior y la luz de fuera era demasiado fuerte. En la parte trasera vi a Bern.

Estaba sentado a la sombra en un taburete, encorvado. En esa posición, las vértebras le formaban una hilera de gibas a lo largo de la espalda. Estaba rodeado de almendras, montañas de almendras, tantas que podría haberme hundido en ellas si me hubiese tumbado encima con los brazos abiertos.

No advirtió mi presencia hasta que me tuvo enfrente, e incluso entonces no pareció sorprenderse.

—¡Vaya! Ha venido la hija del tirapiedras —murmuró.

Una ráfaga de bochorno me subió desde el estómago.

—En realidad, me llamo Teresa.

Habíamos estado juntos toda la mañana y en ningún momento me había preguntado el nombre. Asintió, aunque la información no pareció interesarle lo más mínimo.

—¿Qué haces?

—¿No lo ves?

Cogía las almendras en puñados de cuatro o cinco, les quitaba el hollejo y las dejaba caer en otro montón.

—¿Vas a pelarlas todas?

—Claro.

—Estás loco, hay muchísimas.

—Podrías ayudarme en vez de quedarte ahí mirando.

—¿Y dónde me siento?

Bern se encogió de hombros. Me senté en el suelo con las piernas cruzadas.

Estuvimos pelando almendras durante un buen rato. Reparé en las muchas que había pelado él solo; debía de llevar horas allí.

—Eres muy lenta —dijo de repente.

—¡Es la primera vez que lo hago!

—Da igual, eres lenta y punto.

—Dijiste que enterraríamos las ranas.

—Dije a las seis.

—Creía que ya eran las seis —mentí.

Bern le echó un vistazo al sol y se desentumeció el cuello. A desgana, me estiré para coger otro puñado de almendras. El

truco para pelarlas más rápido era no preocuparse por la pulpa que quedaba entre las uñas.

—¿Las has recogido todas tú?

—Sí, todas.

—¿Y qué piensas hacer con ellas?

Bern suspiró.

—El domingo viene mi madre y le encantan las almendras. Lo malo es que tardan al menos dos días en secarse y, además, después hay que descascararlas, que es lo más trabajoso. Así que voy con retraso. Tengo que acabar antes de mañana.

Paré. Estaba cansada y la montaña de almendras verdes apenas había menguado. Me moví para llamar la atención de Bern, pero él no apartó los ojos del suelo.

—¿Te gusta la nueva canción de Roxette?

—Desde luego que me gusta.

Sospeché que no era verdad, que no conocía ni la canción ni a Roxette.

Al cabo de un rato dijo:

—¿Es la que estabas escuchando?

—¿La quieres oír?

Bern vaciló un momento antes de soltar las almendras que tenía en la mano. Le ofrecí el *walkman*, se puso los auriculares y empezó a darle vueltas al aparato.

—Tienes que darle al *play*.

Volvió a examinarlo por todos los lados y me lo devolvió con un gesto nervioso.

—Da igual.

—¿Por qué? Mira, se hace así...

—Da igual.

Seguimos trabajando en silencio, sin mirarnos. Hasta que llegaron los otros dos muchachos, sólo se oía el leve toc-toc de las almendras desnudas al caer.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Tommaso, observándome desde arriba.

Bern se levantó para plantarle cara.

—Se lo he pedido yo.

Nicola, más amable, me tendió la mano y se presentó dando por descontado que yo no recordaba su nombre. Me pregunté cuál de los tres había hecho el muerto en la piscina. Era como si las imágenes de aquella noche me dieran una ventaja desleal sobre ellos.

Entonces, Tommaso dijo:

—Está todo listo, vamos.

Y se puso en marcha sin esperarnos. En un claro del olivar nos aguardaba un señor.

—Ven, querida —me dijo, abriendo los brazos. Llevaba una estola con dos cruces bordadas en oro en los hombros y en las manos, un librito forrado en cuero; tenía la barba negra y los ojos de un azul muy claro, casi transparente—. Yo soy Cesare.

A sus pies habían cavado cinco pequeños hoyos; las ranas ya estaban dentro. Cesare me explicó con calma lo que estaba ocurriendo.

—El hombre entierra a sus muertos, Teresa, lo ha hecho siempre. Así empezó nuestra civilización y así garantizamos a las almas el viaje hasta una nueva residencia. O hasta Jesús, si su ciclo se ha cerrado.

Cuando dijo «Jesús», todos se santiguaron dos veces y después se besaron la uña del pulgar. Mientras tanto, se aproximó una mujer que llevaba una guitarra cogida por el mástil y me acarició la mejilla como si me conociera de toda la vida.

—¿Sabes qué es el alma?

—No estoy muy segura.

—¿Alguna vez has visto una planta a punto de morir, quizá de sed?

La kentia de nuestros vecinos de Turín se había secado en el balcón. Los dueños se fueron de vacaciones sin ocuparse de ella. Asentí.

—Llega un momento en que las hojas se comban —prosiguió—, las ramas se marchitan y la planta se vuelve un despojo: la vida la ha abandonado. Pues lo mismo sucede cuando el alma nos abandona. —Agachó la cabeza hacia mí—. Pero hay algo que no te enseña el catecismo: no morimos, Teresa,

porque las almas emigran; cada uno de nosotros tiene muchas vidas a sus espaldas y muchas otras por delante, ya sea como hombre, mujer o animal. También estas pobres ranas. Por eso queremos enterrarlas. No cuesta mucho, ¿verdad? —Me miró satisfecho y luego, sin retirar la vista, dijo—: Cuando quieras, Floriana.

La mujer alzó la guitarra. Como no llevaba correa tuvo que doblar una rodilla para apoyarla. Rasgando las cuerdas en aquel equilibrio precario, entonó una canción dulce que hablaba de las hojas y la gracia, el sol y la gracia, la muerte y la gracia. Tras unos instantes se unieron los varones, perfectamente sincronizados. La voz de Cesare, ronca y profunda, parecía dirigir a las demás. Bern tenía los ojos cerrados y la barbilla ligeramente levantada. Me hubiera gustado oír sólo su voz al menos durante unos segundos.

Luego se cogieron de la mano; Cesare, que estaba a mi izquierda, me tendió la suya. Yo no sabía qué hacer con Floriana, que seguía tocando la guitarra. Tommaso había apoyado los dedos en su espalda, así que hice lo mismo para no interrumpir el círculo; ella me sonrió.

Al tercer estribillo ya era capaz de cantar palabras sueltas. Es posible que lo repitieran varias veces precisamente por eso. ¿Bern estaba llorando o me engañaba la sombra del pelo sobre su cara?

Las ranas estaban rígidas, acartonadas; era imposible que hubiese almas dentro de aquellos vientres gelatinosos. Me pregunté si, según Cesare, seguían allí o ya habían volado hacia otro sitio. Sea como fuere, sus cuerpos fueron bendecidos y los chicos se arrodillaron para cubrir los agujeros. «Practican una especie de herejía», había dicho la abuela.

Antes de irse, Cesare me invitó a volver.

—Tenemos mucho de que hablar, Teresa.

De vuelta por la vereda, Bern llevaba mi bicicleta cogida por el manillar.

—Entonces ¿te ha gustado? —preguntó.

Le dije que sí más bien por cortesía, aunque luego me di cuenta de que en el fondo era cierto.

—«No te reprendo por tus sacrificios ni por tus holocaustos, que están continuamente delante de mí» —dijo.

—¿Qué?

—«No tomaré novillo de tu casa ni machos cabríos de tus apriscos. —Repetía una de las oraciones que Cesare había leído antes—. Toda ave de los montes conozco, y mío es todo lo que en el campo se mueve.» Es mi versículo preferido, cuando dice: «mío es todo lo que en el campo se mueve».

—¿Te lo sabes de memoria?

—Me he aprendido algunos salmos, pero aún no todos —precisó como queriendo excusarse.

—¿Por qué?

—¡No me ha dado tiempo!

—No, me refiero a por qué los aprendes de memoria.

¿Para qué sirven?

—Los salmos son la única forma de rezar que de verdad agrada a Dios.

—¿Todo esto te lo enseña Cesare?

—Sí, todo.

—No vais a una escuela normal, ¿verdad?

La rueda delantera de la bicicleta pasó por encima de una piedra y la cadena vibró.

—¡Cuidado! —dije—. Cosimo acaba de arreglarla.

—Cesare sabe muchas más cosas de las que se aprenden en las escuelas «normales», como tú dices. De joven fue explorador, vivió en el Tíbet, solo en una cueva a cinco mil metros de altura.

—¿Y por qué en una cueva?

—Llegó un momento en que ni siquiera sentía el frío, imagínate; podía estar a veinte grados bajo cero sin ropa, tan tranquilo. Y casi no comía.

—¡Qué raro! —dije con escepticismo.

Bern se encogió de hombros.

—Fue allí donde descubrió la metempsicosis.

—¿La qué?

—La transmigración de las almas. Aparece en muchos puntos del Evangelio; en Mateo, por ejemplo. Pero sobre todo en Juan.

—¿Y tú crees en eso?

Me miró con severidad.

—Apuesto a que no has abierto la Biblia en tu vida.

Habíamos llegado a la barra. Él se detuvo en seco. Me devolvió la bicicleta y me dijo:

—Puedes volver cuando quieras. Después de comer todos duermen menos yo.

A veces me pregunto por qué regresé a la hacienda. Quizá por las ganas de ver a Bern, por una curiosidad que aún carecía de un nombre o simplemente por el aburrimiento de Speziale. El caso es que volví al día siguiente, lo ayudé con las almendras y conseguimos pelarlas todas.

El último día en Apulia dediqué toda la mañana a reunir mis cosas y hacer la maleta. Normalmente, me encantaba la idea de partir, pero aquella vez era diferente. Después de comer me monté en la bici y pedaleé hasta la hacienda.

Pero Bern no estaba. Di un par de vueltas alrededor de la casa susurrando su nombre. Las almendras seguían allí; sin hollejo y sin cáscara ocupaban un volumen insignificante.

Volví a la pérgola, me senté en la mecedora y me di un suave empujón. Dos gatos dormitaban de costado, vencidos por el calor. Alguien dijo mi nombre.

—¿Dónde estás? —pregunté.

Bern guió mis ojos hasta una ventana del primer piso, susurrando:

—Acércate.

—¿Por qué no bajas?

—No puedo salir de la cama: tengo la espalda agarrotada. Recordé las muchas horas encorvado sobre las almendras.

—¿Puedo subir yo?

—Mejor no. Despertarías a Cesare.

Me sentía estúpida hablando con una ventana.

—Quiero darte algo, esta noche me voy.

—¿Adónde vas?

—Vuelvo a casa, a Turín.

Bern guardó silencio un instante y luego dijo:

—Pues buen viaje.

Pensé que quizá alguien vendría a buscarlo en algún momento del invierno, su madre tal vez, y yo no volvería a verlo. «Van y vienen», había dicho la abuela. Un coleóptero pasó junto a mi pie. Lo aplasté con la sandalia. ¿También lo enterrarían?

Levanté la bicicleta. Ya estaba sentada en el sillín cuando oí de nuevo la voz de Bern.

—¿Y ahora qué quieres?

—Puedes coger unas cuantas almendras y llevártelas a Turín.

—¿Por qué? ¿A tu madre no le han gustado?

Quería ser grosera, y probablemente lo conseguí. Él pareció reflexionar un momento.

—Cógelas —dijo al fin—; todas las que quieras. Ponlas en la cesta de la bici.

Apreté y solté el freno un par de veces, vacilante. Luego desmonté y fui hasta el montón de almendras. No tenía ni idea de qué haría con ellas, pero seguro que no iba a comérmelas. Cogí un puñado tras otro y llené la cesta hasta los topes. Antes de irme escondí el *walkman* entre las cáscaras con un pedazo de celo colorado sobre el botón de *play*.

Cuando mi madre encontró la caja de las almendras ya era febrero, quizá marzo. Había ordenado mi habitación mientras yo estaba en clase. Siempre andaba moviendo o tirando cosas, haciendo sitio. Dejó la caja sobre la cama y, al volver, sentí algo extraño, como si hubiera descuidado algo importante. La abrí: estaba vacía. Recorrí con el índice el fondo, donde se había depositado un polvo fino; me lo llevé a la boca y me lo tragué con saliva. No era dulce, no sabía a nada, pero me trajo a la mente la estampa de Bern bregando con las almendras y no pude concentrarme en nada más durante el resto del día.

Aquella tarde fue una excepción. Durante aquellos primeros años, Speziale y la hacienda parecían ya irreales a la altura de la primavera. Los olvidaba por completo hasta que, en agosto, llegaba la hora de regresar. No sabía si a Bern y los demás les pasaba lo mismo. Si percibían mi ausencia, ciertamente no lo dejaban translucir. Cuando volvíamos a vernos, no nos tocábamos las mejillas ni las manos, no hablábamos de los meses transcurridos. Para ellos, yo sólo era otro elemento de la naturaleza, un fenómeno que iba y venía con las estaciones y sobre el cual hubiera sido superfluo pensar demasiado.

Cuando empecé a conocerlos mejor comprendí que su tiempo no transcurría como el mío o más bien que, de hecho, no transcurría. Su jornada se dividía en tres horas de estudio por la mañana y otras tantas de trabajo manual por la tarde, a excepción del domingo. La rutina no se alteraba ni siquiera en verano. Por ello, procuraba no ir a la hacienda antes de la comida: prefería evitar las lecciones de Cesare, que tenía la capacidad de hacerme sentir idiota. Hablaba de los mitos de la creación, del injerto inglés o el injerto de corona en los frutales, del *Mahabhárata*..., cosas de las que yo no sabía absolutamente nada.

De vez en cuando, los chicos, uno a uno, lo seguían hasta la sombra de una gran encina y allí se sentaban a conversar. En realidad, Cesare hablaba sin descanso mientras Bern, Tommaso o Nicola mostraban su aprobación asintiendo con la cabeza. Un día me dijo que sería bienvenida si tenía ganas de charlar. Le di las gracias, pero nunca me decidí a acompañarlo bajo el árbol.

No obstante, año tras año me acogían como a una más. El verano en que empezaba secundaria, y también el siguiente... Aquello no le hacía mucha gracia a mi padre, pero no decía nada porque prefería saber que estaba con los vecinos a verme deambular por la casa con cara de disgusto. Y supongo que lo mismo le sucedía a la abuela.

A cambio de su hospitalidad, yo aportaba lo que buena-mente podía a las labores de la hacienda. Ayudé a recoger alubias y tomates, arranqué matas de achicoria en la vereda y aprendí a trenzar ramas secas para hacer guirnaldas. No se me

daba muy bien, pero nadie me lo reprochaba. Cuando mi trenza estaba tan enredada que no lograba avanzar, Bern y Nicola acudían en mi ayuda. La deshacían hasta llegar al nudo equivocado y volvían a explicarme la secuencia: «Coges este cabo, lo pasas por debajo, luego por el centro, estiras y ya está, puedes seguir.» Podrían haber trenzado aquellas ramas con los ojos cerrados hasta formar guirnaldas de kilómetros, aunque era una tarea inútil: en cuanto las terminaban, las quemaban. Cuando le pregunté por qué perdían tanto tiempo en aquello, Bern respondió:

—Por humildad; no es más que un ejercicio.

Recuerdo que una tarde estábamos todos bajo la pérgola. Sobre nuestras cabezas pendían grandes racimos de uva negra. Nicola estaba encendiendo un fuego en el brasero mientras los otros dos llevaban los platos sucios a la cocina. Yo apenas había comido: en la hacienda eran vegetarianos y en aquella época casi no comía verdura. Me resignaba al hambre con tal de estar allí, en aquella paz alejada del mundo, cerca de Bern y del fuego.

Cesare nos entretuvo con la historia de cuando, con veinte años, tuvo la visión de su vida anterior.

—Era una gaviota —dijo— o un albatros; un pájaro, en cualquier caso.

Me daba la impresión de que todos escuchaban atentamente un relato que ya conocían. Cesare contó que durante aquel sueño lúcido voló hasta la orilla del lago Baikal. Nos retó a encontrarlo en el mapa del mantel. Los muchachos apartaron de inmediato las pocas cosas que quedaban sobre la mesa y se pusieron a buscar continente por continente.

Nicola fue el más rápido.

—¡Aquí está! —gritó.

Cesare lo recompensó con un traguito de licor. Nicola lo saboreó con aire triunfal mientras Bern y Tommaso rabiaban; sobre todo Bern, que miraba fijamente el mantel y la mancha celeste del lago como si quisiera memorizar cada nombre de una tacada.

Floriana trajo helado y los nervios se calmaron. Cesare volvió a hablar de vidas pasadas; esta vez, de las de los chicos.

No recuerdo lo que dijo de Nicola, pero aseguró que Tommaso había sido un felino y que a Bern aún le corría por la sangre algo subterráneo. Luego me tocó a mí.

—¿Y tú, querida Teresa?

—¿Yo?

—¿Qué animal crees que has sido?

—No lo sé.

—Inténtalo, vamos.

Todos me miraban.

—No se me ocurre nada.

—Entonces cierra los ojos y dime qué ves.

—No veo nada...

Estaban decepcionados.

—Lo siento —murmuré.

Cesare me escrutaba desde el otro lado de la mesa.

—Si no me equivoco —dijo—, Teresa ha pasado mucho tiempo bajo el agua. Aprendió a respirar sin oxígeno. ¿No es así?

—¡Un pez! —exclamó Nicola.

Cesare me observaba como si pudiera ver a través de mi cuerpo y de mi tiempo.

—No, un pez no. Quizá un anfibio. Veamos si estoy en lo cierto.

Los muchachos entendieron que se aproximaba otra competición y enseguida se animaron.

—A la de tres, contened el aliento; gana el que aguante más tiempo sin respirar.

Contó lentamente, en el dos tomé una buena bocanada de aire y me quedé quieta. Nos vigilábamos los unos a los otros sin atrevernos a reír mientras Cesare caminaba por detrás de las sillas y pasaba el índice por debajo de nuestra nariz para asegurarse de que no hacíamos trampa.

El primero en venirse abajo fue Nicola, que se puso de pie irritado y desapareció dentro de la casa. Luego cedió Bern. Entonces, Cesare se plantó entre Tommaso y yo supervisándonos por turnos. Mi garganta empezó a palpar, pero Tommaso, con el cuello teñido de un violeta que empezaba a ser preocupante, abrió la boca justo antes que yo.

Cesare me ofreció el vasito de licor recién ganado. Lo bebí de un trago rápido y el alcohol me ardió en el estómago. Los chicos me vieron beber con un aire serio y solemne, como si aquella ceremonia acreditase por fin mi pertenencia honorífica a la familia: la primera hermana de la hacienda. No le conté a nadie que a menudo contenía la respiración en la piscina, que era uno de los pasatiempos que practicaba a solas. Me fascinaba creer en mi vida anterior, cuando me asemejaba a las ranas que dos veranos antes habían invadido el campo. O sea, podía escoger mis creencias, algo que ignoraba antes de llegar a aquel sitio.

Aun así, ya entonces debería haber reparado en la tenue insatisfacción que lo infectaba todo, sobre todo a Bern. Debería haber intuido cuánto sufría por aquello que nunca había hecho, nunca había visto, nunca había experimentado; por la envidia que tal vez sentía de mi vida lejos de allí, en la cual Speziale no era más que un paréntesis.

Aquel año quiso prestarme un libro. Dijo que lo había conmocionado, que parecía hablar de él mismo. Mientras examinaba el volumen, noté que me miraba de forma extraña, como si tuviera delante una piedra en bruto y se preguntara si valía la pena tallarla, si resistiría el cambio o acabaría siendo demasiado frágil.

Cuando llegué a casa dejé el ejemplar de *El barón rampante* sobre la mesita de noche. La abuela lo vio y dijo:

—¿Te han mandado leer a Calvino en vacaciones?

—No.

—¿Lo has escogido tú?

—Más o menos.

—Te resultará difícil.

Durante las horas siguientes llevé el libro de un lado a otro: al patio, a la piscina..., mas por alguna razón nunca lo abría. Ya de noche, en la cama, intenté leerlo, pero enseguida me despistó.

Unos días después del préstamo, Bern me preguntó si me había gustado.

—Aún no lo he terminado —dije.

—Pero ¿has llegado a Gian dei Brughi? Es mi parte preferida.

—Creo que no, seguramente me queda poco.

Caminábamos por la vereda. Era una tarde húmeda, a lo lejos se oía música de discoteca.

—¿Y al columpio?

—Creo que no.

—¡Entonces no has leído nada! —exclamó—. ¡Devuélvemelo enseguida!

Estaba temblando. Le rogué que me dejara la novela un par de días más, pero insistió en que fuera a buscarla inmediatamente. Luego se abrazó al libro y se marchó sin despedirse.

Mientras desaparecía en la oscuridad, sentí una punzada de tristeza. Solía ocurrirme en los últimos días. Mis pensamientos se repetían: «Es la última vez que te pones el traje de baño», «la última vez que ves al gato acercarse a la piscina», «la última vez que sales de la hacienda», «la última vez que lo ves».

La última vez que lo ves.

Es posible que, aquella tarde, la pena se mezclara con un sentimiento nuevo, una especie de afecto poderoso. Y, considerándolo ahora, ése era precisamente el problema: en lo que respectaba a Bern, nunca aprendería a separar la una de lo otro.

Y vino el siguiente verano. Yo tenía diecisiete años; Bern había cumplido dieciocho en marzo. Había un cañaveral en un lugar del campo donde el agua manaba de una fuente subterránea y corría unos metros formando un riachuelo antes de que la tierra se la tragara de nuevo. Desde la hacienda se podía llegar caminando unos diez minutos por el olivar. Bern me llevó a la hora más tórrida mientras los demás dormían: eran, desde siempre, nuestras horas secretas.

Nos tumbamos en el suelo. Cerré los ojos. De pronto, cambió el color que veía a través de los párpados. Pensé que se trataba de una nube, pero al abrir los ojos vi la cara de Bern casi tocando la mía. Jadeaba un poco y me miraba con seriedad.

Asentí casi imperceptiblemente y él agachó la cabeza para besarme.

Aquel día dejé que me acariciara la cara y deslizará la mano por mi cintura mientras nos besábamos, nada más. Pero en Speziale llevábamos tan poca ropa y el cañaveral estaba tan lejos de todo... Volvíamos allí cada tarde y cada tarde nos atrevíamos a algo más.

La tierra era blanda a la orilla del arroyo, y yo sentía cómo me embarraba la espalda, el pelo, las plantas de los pies. También el cuerpo de Bern sobre el mío parecía de arcilla. Con una mano me aferraba a los huesos de su espalda mientras hundía la otra en el suelo, entre piedras y lombrices. De cuando en cuando miraba hacia el cielo: las cañas parecían altísimas.

Aquel verano exploró cada rincón de mi cuerpo, primero con los dedos, luego con la lengua. A veces me hallaba tan confusa, tan agotada por el ardor, que no sabía dónde estaban su cabeza, su boca o sus manos. Agarré su cálida erección y al principio tuve que ayudarlo a ponerla entre mis piernas porque él parecía paralizado por el miedo. Yo nunca había estado con un chico y en un solo verano él se adueñó de todo mi ser.

Después me enjugaba el sudor con las manos. Él soplaba sobre mi frente para refrescarme y yo podía percibir en su aliento nuestros olores entremezclados. Se chupaba el pulgar y me frotaba las manchas de tierra, me quitaba las hojas del pelo una a una... No podíamos aguantarnos el pis y lo hacíamos juntos, yo en cuclillas y él de rodillas. Veía los regueros de orina abriéndose paso por la tierra y deseaba que se juntasen. A veces ocurría. Luego regresábamos a la hacienda sin coger nos de la mano ni hablar.

Al principio me aterraba que pudiera contárselo a Cesare durante sus charlas a la sombra de la encina, pero algo parecía haberse quebrado entre ellos a lo largo del último año. En todo el verano no asistí a ningún rezo, salvo las breves plegarias previas a la comida. No hubo canto ni lección alguna. A partir de septiembre, Bern y Tommaso irían a una escuela de Bríndisi para preparar sus exámenes de selectividad tal como había hecho Nicola el año anterior.

Por aquel entonces pasábamos mucho tiempo fuera de la hacienda. Esperábamos hasta las horas más frescas porque Tommaso tenía la piel muy sensible, luego nos montábamos en el Ford de Floriania. Había una estrecha cala en Costa Merlata donde nos tumbábamos sobre una explanada de cemento que hacía las veces de playa. Ni siquiera llevábamos toalla. El agua estaba limpia o fangosa según el viento, pero casi siempre había un mar plano de un azul intenso en las zonas profundas y verde junto a la orilla. Nicola y Bern se zambullían desde el punto más alto del espigón. Desde abajo, Tommaso y yo los puntuábamos. No sabíamos de qué hablar entre nosotros. Unos diminutos pececillos me mordían los talones y los tobillos; los ahuyentaba agitando los pies, pero al cabo de un segundo volvían a la carga.

Luego, Bern y Nicola venían nadando hasta donde estábamos. Disimuladamente, Bern alargaba una mano y metía los dedos por el borde del bañador mientras seguía hablando con los demás.

Por la noche íbamos al Scalo, una cooperativa de jóvenes que ocupaban una zona rocosa situada entre la maleza y el mar, cerca de una torre abandonada. Había unos cuantos bancos y varias mesas alrededor de una caravana rosa; los altavoces arrojaban una música disonante a bajo volumen. Si uno quería bailar, lo mejor era dejarse las sandalias puestas para no pincharse con los afilados fósiles incrustados en la roca. Bern y los demás conocían allí a todo el mundo, no paraban de saludar a gente. Yo casi siempre acababa sorbiendo mi cerveza en una esquina, sola o acompañada por un desconocido con pinta de trastornado.

Una noche me asombró ver cómo Bern y Tommaso devoraban un bocadillo de magro de caballo. Estaba segura de que comer carne de caballo era para Cesare una falta gravísima. Nicola mordisqueaba sus patatas fritas con indiferencia, como si aquella conducta no le extrañara en absoluto, pero cuando Bern se limpió el ketchup de la boca con el dorso de la mano y le dijo: «Cualquier día me zamparé una de esas hermosas gallinas que tiene tu padre», se irguió en toda su estatura con actitud

desafiante. Bern y Tommaso se burlaron de él moviendo los codos como si fueran alas de pollo.

Hacia medianoche volvíamos al coche siguiendo el sendero entre arbustos de mirto, cada uno cogiendo los hombros del que iba delante.

Cuando llegábamos a mi finca, se bajaban para escoltarme hasta la entrada.

La piscina resultaba tentadora a esas horas; bromeábamos sobre la posibilidad de bañarnos vestidos y de que mi padre nos saludase a pedradas, pero nunca lo hicimos. Desde la ventana de mi habitación oía cómo arrancaba el motor del Ford. Tenía el pelo reseco por la sal, los dedos me apestaban a tabaco y la cabeza me daba vueltas por la cerveza: no había sido tan feliz en mi vida.

El cañaveral se nos quedó pequeño y la cama se convirtió en una obsesión para Bern. Si yo le preguntaba cuál era la diferencia, él respondía de forma vaga:

—Se pueden probar muchas más cosas.

Pero no sabíamos cómo hacerlo; Cesare no salía de la hacienda, y en mi casa, Cosimo y Rosa estaban siempre de guardia. Barajamos las diversas opciones. Entretanto, la noche de San Lorenzo quedó atrás y el calor fue atenuándose: el verano tocaba a su fin. A nuestro alrededor, todo nos apremiaba.

—Iré de noche —dijo Bern mientras dibujaba círculos en torno a mi ombligo con la punta de un dedo.

—¿Adónde?

—A tu casa.

—Te descubrirán. Nicola dice que tiene el sueño más ligero que nadie.

—No es verdad, yo tengo el sueño más ligero. Además, Nicola no es un obstáculo.

—¿Y si mi padre nos oye?

Bern se volvió y sus ojos se arrimaron casi insoportablemente a los míos.

—Yo no hago ruido —dijo—, tú sí debes esforzarte.

Pasaron varios días antes de que lleváramos a cabo nuestro plan, días en que no regresamos al cañaveral porque Bern estaba muy ocupado ultimando los detalles. Aquello me dolía, pero no se lo dije. Sólo era una de las cosas que no le confesé aquel verano; entre otras, que me había enamorado de él. Hacía lo imposible por alejar de mí la sospecha de que conquistar la cama se había vuelto más importante que estar conmigo, aunque la duda me atormentaba, sobre todo cuando llegaba la tarde, me cogía de la mano y enfilaba la vereda en vez de conducirme más allá de las adelfas.

Estudiábamos la casa de la abuela desde un lugar escondido.

—Puedo poner un pie en aquel saliente y luego agarrarme a la cornisa —decía Bern—. ¿Has comprobado que aguante? Desde allí podría llegar a la barandilla, pero tendrás que ayudarme. Asómate cuando oigas este sonido. —Frunció el labio inferior y aspiró emitiendo un silbido similar al trino de un pájaro.

La noche acordada no fuimos al Scalo. Bern les dijo a los otros que no le apetecía.

—Siempre vamos allí, ¿no seremos capaces de idear algo nuevo?

—¿Algo como qué? —preguntó Nicola algo molesto.

—Como comprar bebidas e ir a la plaza.

Bern siempre se salía con la suya, así que fuimos a Ostuni. Por la plaza de San Oronzo correteaban los niños; nos sentamos en el centro, a los pies de la estatua del santo. Faltaban diez días para las fiestas patronales, pero ya habían instalado la iluminación y Bern nos hizo imaginar lo bien que quedaría en la hacienda.

Habíamos comprado una cerveza grande porque salía más barato, pero sobre todo porque nos gustaba pasarnos la botella de mano en mano, el trasiego de saliva.

—Mi padre me ha preguntado si había más chicas con nosotros —dije.

—¿Y qué le has dicho? —preguntó Tommaso.

—Que por supuesto.

Tenía la espalda apoyada contra las rodillas de Nicola, las piernas tendidas sobre las de Tommaso y la cabeza de Bern en mi hombro. Sentía a los chicos más pegados que nunca y me agradaba. Luego estaba el secreto, lo que íbamos a hacer aquella noche.

Cuando bajamos al aparcamiento, sobre la una, el centro estaba cercado por los coches. Formaban una hilera de luces que discurría en torno a la ciudad blanca. Un grupo de muchachos bebía junto a nuestro Ford, las botellas reposaban sobre el techo del automóvil. Nicola les dijo que las quitaran de allí. Es posible que fuera un poco brusco, pero no lo suficiente para justificar el tono con que uno de ellos le pidió que repitiera sus palabras agregando un «por favor».

Bern se puso delante de mí. Vi cómo Nicola cogía las botellas una por una y las trasladaba al coche de los chicos. Ellos se mofaron a coro de su osadía. Bern seguía inmóvil, con el brazo derecho extendido para protegerme, para cerrarme el paso. Uno de ellos, con un traje de surfista rojo y unas Nike relucientes, le ofreció una cerveza a Nicola.

—Tranquilo, colega, bebe un poco.

Nicola dijo que no con la cabeza, pero el otro insistió:

—Venga, para hacer las paces.

Nicola bebió un sorbo y devolvió la botella. Luego abrió la puerta del Ford. El asunto podría haber acabado allí: él habría dado marcha atrás, nosotros habiéramos subido al coche y luego nos habríamos unido a la serpiente automovilística en dirección a Speziale; pero uno de ellos señaló a Tommaso diciendo:

—Y a ése qué le pasa, ¿lo han lavado con lejía?

Nicola le propinó un guantazo fulminante en la cara. Era la primera vez que veía a alguien agredir a una persona de aquella manera. Apreté el brazo de Bern, que seguía quieto, como si desde el primer momento hubiese adivinado lo que iba a suceder.

Entre los demás se produjo un instante de estupefacción. Los conté: eran cinco, seguramente más jóvenes que nosotros y sin duda menos fuertes que Nicola. Ellos también debieron de

advertir la desventaja porque el empujón fue muy flojo, casi un acto reglamentario. Nicola apenas se meneó. Con la misma velocidad de antes agarró al chico por los hombros y lo estampó contra el coche. Se inclinó sobre él y le murmuró algo que no pudimos oír.

Los coches pasaban por el aparcamiento a poca velocidad y nos iluminaban con sus faros, pero nadie se detuvo. Entramos en el coche: Tommaso y yo detrás, Bern y Nicola delante.

Ya en la carretera, atrapados en el atasco, los chicos estallaron en gritos de emoción. Bern imitó la bofetada de Nicola y luego le palpó los músculos del hombro y el cuello como a un púgil.

Al llegar a casa encontré a la abuela en el salón. Se había quedado dormida con el televisor encendido. Le toqué un brazo y se sobresaltó.

—¿Dónde estabas?

—En Ostuni, en la plaza.

—Menudo jaleo hay en Ostuni con esos turistas tan maleducados. ¿Quieres una infusión?

—No, gracias.

—Bueno, prepara una para mí, anda.

Cuando le llevé la taza, continuaba como la había dejado, con los ojos fijos en la pantalla.

—¿Es el moreno? —dijo sin volverse.

La taza tintineó contra el plato.

—¿Qué?

—Sí, es el moreno. También el otro, el hijo de verdad, es guapo, pero el moreno tiene más encanto. ¿Cómo se llama?

—Bern.

—¿Sólo Bern? ¿O Bern de Bernardo?

—No lo sé.

Guardó silencio unos segundos y luego dijo:

—Estaba intentando recordar qué hacía yo por la noche cuando tenía tu edad. ¿Sabes qué hacía? Ir a plaza de Ostuni. ¿Te trata bien?

—Sí.

—Eso es lo importante.

—Te llevo la infusión a la cama —le propuse—, así puedes echarte.

Me siguió escaleras arriba. Antes de dejarla sola, añadí:

—No se lo digas, por favor.

Tomé su sonrisa por un sí. Me detuve en el pasillo, frente a la puerta de mi padre, y oí su pesada respiración.

Me duché y fue pasando el tiempo: entretanto me quité y volví a ponerme los pantaloncitos del pijama, me probé cuatro camisetas, me tendí bajo la sábana y luego me senté en la silla porque quizá a Bern no le habría gustado que la cama estuviese templada. Aquello que resultaba tan natural entre las cañas ahora me ponía nerviosa.

A las tres me hice a la idea de que no vendría. Tal vez no había podido salir o se había olvidado. Me centré en la segunda conjetura. Sí, la breve riña había sepultado nuestro encuentro en el olvido.

Pero al cabo de un rato oí un golpe. Imaginé su pie sobre la cornisa. Me obligué a quedarme donde estaba hasta el silbido. Cuando llegó, abrí los postigos y lo ayudé a subir. Me besó apasionadamente. Su aliento sabía a cerveza: o no se había cepillado los dientes o había seguido bebiendo. Buscó mi pecho con la mano, primero a través de la camiseta, luego deshaciéndose de ella.

—Estás tiesa —dijo mientras me manoseaba y me desnudaba con avidez.

—Me da miedo que nos oigan.

—No nos oirán. —Se separó para mirar la cama pegada a la pared—. ¿Prefieres encima o debajo de la sábana?

—No lo sé.

—Yo prefiero encima. ¿Y la lámpara? ¿La dejamos prendida?

Nos arrodillamos sobre la cama, cara a cara. Él también se había desnudado. Me dejaba sin aire verlo así: desnudo en el corazón de la noche, con aquella erección sobre la oscura mata de pelo.

Vino hacia mí con el mismo frenesí de antes, pero esta vez lo detuve. Le dije que lo haríamos de otro modo, poco a poco. Estábamos en la cama y teníamos todo el tiempo del mundo.

Retrocedió un poco, parecía desconcertado. Entonces fui yo quien avanzó hacia él, lo tendí y ceñí su cintura con las rodillas.

Empecé a restregarme de abajo arriba, desde las piernas hasta el vientre, una y otra vez, primero despacio y luego subiendo el ritmo poco a poco, hasta que sentí algo formándose justo en el punto donde nos tocábamos, una especie de calor que se elevó velozmente hacia mi garganta. Era la primera vez que me ocurría.

Bern me observaba atónito con las manos abandonadas sobre la sábana, como si temiera interrumpir lo que yo hacía. Verlo así me estremeció de nuevo.

Lo primero que pensé, justo después, fue que habíamos hecho demasiado ruido; puede que yo hubiese gritado, o quizá él. Mi mente estaba en otra parte.

—No ha sido como esperaba —dijo—. No me has dejado moverme.

—Perdona...

—No —dijo enseguida—, ha estado bien.

Apoyaba mi cabeza en su clavícula; quería dormir, pero notaba sus músculos aún tensos.

—Tengo que irme —dijo.

Desde la cama contemplé cómo se vestía. No me avergonzaba estar allí desnuda, me avergonzaba tener más ganas de él cuando se disponía a volver a la hacienda.

—Puedes salir por la puerta —le dije.

Pero ya se encaramaba a la ventana. Me asomé: había bajado medio metro cuando miró hacia arriba por última vez.

—¿Has visto qué fiera es Nicola? Nos ha defendido a todos.

Metió un pie entre las piedras de la fachada y saltó hacia abajo. Cuando llegó a la piscina hizo un ademán de saludo, después echó a correr.

Al día siguiente mi padre me pidió que fuera con él a Fasano para visitar a un amigo de la infancia. No me apetecía, pero accedí porque me remordía la conciencia por lo ocurrido la noche anterior.

Vivía en las afueras, en un chalet adosado de color amarillo. Era muy gordo, le costaba respirar y no se movió del sillón durante todo el tiempo que estuvimos allí. Lo acompañaba una chica de mi edad; le llevaba agua si tenía sed, recogía un cojín que se caía al suelo una y otra vez y en un momento dado bajó un poco las persianas porque se percató de que la luz lo molestaba. Llevaba a cabo sus tareas con indiferencia, casi abstraída, y luego se sentaba a escuchar la conversación o, más probablemente, a no escucharla. Me fijé en las piernas esbeltas y bronceadas que asomaban del peto.

El amigo de mi padre tosía todo el tiempo sobre un pañuelo arrugado y luego lo examinaba buscando quién sabe qué. Pedí permiso para salir a tomar un poco el aire.

Al cabo de un rato llegó la chica. Yo estaba fumando un cigarrillo tras la tapia.

—Tengo hierba, si quieres —dijo.

Sacó una bolsita de plástico del bolsillo del pecho. Me pidió un cigarrillo y en un momento vació el tabaco en la palma de la mano. Llevaba las uñas pintadas, aunque el esmalte estaba descolorido.

—¿Puedes hacerme un filtro? —dijo.

Mientras lo preparaba, ella agregó la hierba al tabaco y lió el porro con suma destreza. Dimos unas cuantas caladas cada una.

—¿Es grave? —pregunté.

Ella se encogió de hombros mientras soplaba sobre el extremo del porro haciendo que chispeará.

—Supongo que se morirá.

Le dije cómo me llamaba y le tendí la mano torpemente.

—Yo me llamo Violalibera —respondió.

—Qué nombre tan bonito.

Hizo una mueca de timidez y se le formaron dos hoyuelos en las mejillas.

—Tenía otro, pero me cansé.

—¿Cuál era?

Se volvió hacia un lado, indecisa.

—Era albanés —respondió al fin como si con eso bastara.

No supe qué más decir, temía haber sido indiscreta, así que le pregunté:

—¿No vas nunca al Scalo?

—¿Qué es?

—Una especie de local al aire libre junto al mar. Proyectan películas. También hay bar, pero sólo venden cerveza y bocadillos de carne de caballo.

—¡Qué asco!

—Son un poco grasientos, pero te acostumbras.

Acabamos de fumar y nos quedamos allí absortas. Enfrente había una hilera de chalets idénticos al del amigo de mi padre, aunque inacabados. Las escaleras externas daban al vacío y a las ventanas les faltaban los vidrios. A los lados se erguían las habituales murallas de chumberas amenazantes.

—¿Puedes darme algo de hierba? —pregunté; seguro que a Bern y los demás les haría ilusión: a veces se proponían comprar, pero nunca tenían dinero—. Puedo pagarte.

Violalibera sacó la bolsita.

—Quédatela, tengo más.

Se metió un caramelo en la boca y me ofreció uno. Volvimos a casa y ella sirvió leche de almendras. El dueño de la casa empezó a ahogarse con un ataque de tos. Mi padre se acercó, pero no sabía cómo ayudar. Violalibera le dijo que no se preocupara y le dio al señor unos golpecitos en la espalda hasta que éste dejó de toser; luego se llevó la bandeja con la jarra. A partir de entonces tuve que tener el mentón aplastado contra el pecho para no reírme por cualquier bobada.

A la vuelta mi padre estaba triste. Me preguntó si me apetecía caminar por el paseo marítimo y tomar un helado. Quería volver a la hacienda: quedaban pocos días y estaba desperdiciando todo aquel tiempo, pero de nuevo me sentí incapaz de decepcionarlo.

Fuimos a la playa de Santa Sabina. La arena estaba compacta y las barcas de los pescadores se bamboleaban cerca de la orilla. Él me tomó del brazo.

—Giovanni y yo veníamos a pescar aquí cuando éramos jóvenes —dijo, señalando un punto indeterminado mar aden-

tro—. Volvíamos a casa con los cubos llenos de pescado. Aún se podía: no había tantas prohibiciones. Todo lo que pillabas era tuyo.

Le daba vueltas al cono mientras lo relamía.

—Me gustaría volver a vivir aquí. ¿Qué opinas?

—Opino que a mamá no le haría mucha gracia.

Se encogió de hombros. Al final del muelle había un tiovivo fuera de servicio, las sillas atadas con una cadena.

—Giovanni conocía al padre de tu amigo.

—¿Cesare?

—No, del otro chico. Bern, ¿verdad?

Me miraba de cerca. ¿Le habría contado algo la abuela? Esperaba que no dijera nada más, pero añadió:

—Lo llamaban «el Alemán», nadie sabe dónde está.

—El padre de Bern murió, me lo ha dicho él mismo.

Mi padre me guiñó el ojo.

—No parece un tío muy sincero.

—¿Por qué no volvemos a casa, papá?

—Espera un poco. ¿No quieres saber por qué lo llamaban «el Alemán»? Es una historia curiosa. ¿Has oído hablar de los ladrones de tumbas etruscas?

Me vino a la memoria un fragmento del libro de historia. No respondí.

—Estas tierras están llenas de restos arqueológicos: puntas de flecha, piezas de obsidiana, trozos de vasijas. Por lo general son objetos de poco valor, pero no siempre. Hace años, yo también recogí alguna que otra cosa. Ya te lo he dicho: antes, si encontrabas algo, era tuyo. Pero para el Alemán y su cuadrilla era diferente. Venían aquí de vacaciones y en lugar de ir a la playa se dedicaban a la arqueología, por así decirlo. —Se pasó la servilleta del helado por la boca y los dedos pringosos, la estrujó y la tiró al suelo—. Excavaban de noche. Cuando tenía el furgón lleno hasta los topes, el tipo ese se iba a Alemania y lo vendía todo. Ganó mucho dinero. Un año se presentó en Speziale con un Mercedes. La policía fue a buscarlo. ¿Sabes qué hizo? Vació una necrópolis de un tirón y no volvió nunca más. Podrás imaginarte el revuelo que causó

aquello en Speziale. Giovanni dice que estaba en boca de todo el mundo.

Las gaviotas no se apartaban a nuestro paso. Graznaban y batían las alas nerviosamente.

—Volvamos a casa, por favor —dije deprisa.

No quería admitirlo, pero había algo en aquel relato que me alarmó; como si al hablarme del Alemán y las tumbas mi padre quisiera alejarme de Bern.

La siguiente vez que estuve con él en el cañaveral no pude abandonarme del todo: las raíces me arañaban la espalda y me molestaba la suciedad en los codos. Sentía mil ojos observándonos. Un cazabombardero cruzó el cielo por encima de las cañas. Luego, un chasquido me hizo levantar la mirada de golpe y vi cañas que se balanceaban. Oí pasos alejándose velozmente. Se lo dije a Bern, pero no me hizo mucho caso.

—Habrás sido un gato, o te lo habrás imaginado.

Los demás nos hallaron en la pérgola simulando, como siempre, que los esperábamos para jugar al *skat*. Tommaso apenas me saludó: llevábamos tiempo disputándonos la atención de Bern.

Al cabo de un rato apareció Cesare. Me dedicó una sonrisa distraída y dijo:

—Hay que limpiar la jaula de las gallinas, ¿quién me echa una mano?

Bern y Tommaso intercambiaron una mirada sombría fingiendo que no habían oído nada. Nicola dijo con cierta resignación:

—Voy enseguida.

Cesare esperó unos segundos más, luego asintió con la cabeza y se fue.

Bern cantó un *schneider* y enseñó una mano ganadora. Mientras barajaba el mazo pensé en la manera como pronunciaba *schneider* y las otras palabras alemanas del juego. «Lo habrá aprendido de su padre», pensé. Después me esforcé en alejar aquella sospecha.